

CATOLICISMO SENIL

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

A HORA que en la U. R. S. S. se publica la traducción al ruso del «Fenómeno Humano», del P. Teilhard de Chardin, S. J., vuelve a resurgir en el catolicismo, desgraciadamente, el espectro de la incompreensión hacia el mundo moderno.

Un católico, un verdadero pensador precursor de la mayoría de las reivindicaciones que el catolicismo ha hecho para sí (como son el propagar decididamente un humanismo integral, la libertad religiosa y los derechos del hombre), acaba de defraudar a muchos de sus seguidores.

Se trata del fino intelectual Maritain. Ese hombre evangélico y progresivo no tuvo más defecto que ser tomista. Pero lo supo ser hasta ahora inteligentemente, cosa que no se podría afirmar igualmente de muchos de sus seguidores.

Su libro «El campesino del Garona», lo subtítulo en forma expresiva, «Un anclano laico se interroga acerca del tiempo presente».

Parece con ello como si quisiera no sólo titularse «anti-moderno», como lo hizo en un libro publicado hace cuarenta años; sino serlo hoy de verdad.

Las afirmaciones de este libro son aparentemente las mismas de muchas de sus mejores obras; pero el sentido que les da, y, sobre todo, la aplicación que hace al mundo y a la cultura actuales, es completamente negativo.

Yo creo que sus más fervientes seguidores —esos demócratas cristianos de habla hispana— difícilmente se verán representados en su intención; aunque sí en muchas de sus palabras. Y hasta les dará pena leer este desconcertante libro, como se la ha dado a un gran pensador dominico —otro gran pionero de casi las mismas cosas que Maritain—, el P. Congar. Porque en «Le Monde» expresó su extrañeza en un artículo que tituló: «Una cierta pena».

E STAMOS ante un fenómeno, no por más triste, menos expresivo, de cómo se puede llegar a la senilidad, hasta en las mejores ideas, y cómo se puede falsear el mejor pensamiento católico, con un factor trágico que envuelve algunas mentes a la edad de la vejez: la decadencia senil.

No es que todo anclano caiga en esta actitud. Por el contrario, lo normal es encontrar a muchos hombres de edad despiertos, activa e intelectualmente, y aún habría mayor número, si hubieran creído que esta época final de su vida no es una enfermedad, como lo demuestra otro pensador católico, Romano Guardini, con su libro sobre la Vejez, y con su propia vida.

Pero algunos, como Maritain, han caído —al menos intelectualmente— en esta triste decadencia, que nos debe producir tristeza, más que irritación.

Ya el comienzo de su libro justificando el título con un tono de humorismo sin categoría, previene en contra.

Sin duda su género de vida, apartado del mundo actual, residiendo —como una especie de ermitaño del siglo XX— en Toulouse, entre los Hermanos de Foucault, le han hecho inclinarse hacia esta regresiva postura de su libro, cuya redacción quiso hacer coincidir, expresivamente, con el final del año en que terminó el Concilio: el 31 de diciembre de 1965. Aunque el libro tardó —quizá las prensas se sentían frenadas por el poco progresivo contenido— casi un año a ser impreso.

I ACE unos años un escritor español de ágil pluma, que pasó del conservadurismo intolerante al centrismo liberal integrador de cualquier tendencia, escribió un artículo sobre Maritain profetizando su próxima condenación, a causa de la heterodoxia liberal que creía encontrar en él.

Pero olvidaba este escritor que Pío XII —cuando Maritain fue embajador de Francia en el Vaticano tras la guerra mundial— le recibía frecuentemente para informarse de sus puntos de vista «liberales» dentro del catolicismo, y alentarle por ellos. Incluso sería curioso comprobar cómo lo mejor del pensamiento político de Pío XII lo debió a este pensador francés: su defensa de un personalismo comunitario; su apología de los derechos y libertades de todo hombre; su tolerancia religiosa; su afán de cooperación entre hombres de todo credo. Y lo peor lo debió el Papa a haberse desviado de Maritain, como fue su falta de testimonio valiente contra los excesos nazis, sobre todo con los judíos; su confianza excesiva en el fascismo y nazismo, creyendo posible una concordia práctica del catolicismo con ellos, y sus temores por la ortodoxia en la última hora de su vida.

Un periodista, correligionario de este escritor español, fue el que me impidió —hace diez años— publicar una réplica circunstanciada a ésta que me pareció equivocada profecía de heterodoxia en Maritain. Equivocada porque acababa de escuchar yo la defensa pública que Monseñor Montini —entonces arzobispo de Milán— habla hecho de Maritain en el II Congreso Mundial de Apostolado Seglar, celebrado en 1957.

En el cual refiriéndose a los ataques de algún jesuita italiano, comentaba el actual Papa, que —se estuviese de acuerdo o no con él— nadie podía dudar de la ortodoxia —y acierto en muchas cosas— del pensamiento maritainiano.

P ERO algunos —que verán en mis palabras la misma pena expresada por el P. Congar— querían saber cuál es el cambio que se ha producido en Maritain, y las cosas que afirma en su libro. Y yo, sin espacio suficiente para contestar del todo, tendría al menos que decirles: su libro es una amalgama confusa de aciertos y desaciertos, propios de ese defecto senil, al que psicológicamente debe atribuirse tal incompreensión.

Por un lado se regocija Maritain de que el mundo haya salido de una edad sacral y barroca, y haya comenzado una nueva época en la que el Papa actual asegura que él no quiere ni puede ya en adelante ejercer otro poder que el de las llaves espirituales, y afirmando tajantemente que la Iglesia «no reclama para ella nada más que la libertad».

Pero se lamenta, al mismo tiempo, nuestro «ex progresivo» escritor católico de un «neo-modernismo» religioso que considera sumamente peligroso, y en donde cree ver que se disuelven los valores cristianos auténticos.

Como liquida también de un plumazo todo el más decisivo pensamiento de nuestra cultura actual —representado por Hegel y el último Husserl— diciendo, con error manifiesto, que no han creado, sino una «ideosofía». Pero, ¿puede decirse esto de quien como Hegel ins-

piró con sus esquemas mentales la más activa transformación social —no hablo ahora de su valoración cristiana— que hemos conocido en la historia? ¿O de Husserl que recoge lo mejor de una «praxis», en donde el pensamiento no quedaría ya desglorioso de la vida ni de la acción, sino comprometido por ella, como nos acaba de descubrir su discípulo Roberrechts?

Cuando Maritain alaba al Concilio en su libro, se olvida que los mismos teólogos que tanta suspicacia le producen también, han sido los autores de la estructura teológica del Vaticano II. Incluso, ¿cómo puede desconocer el enorme trabajo de renovación pastoral, teológica y bíblica emprendido —como le recuerda Congar— en estos últimos años?

Sin embargo, si Maritain hubiese planteado el problema de la teología para el futuro, y la profunda transformación que se debe realizar en ella, tanto en el plano moral, como en el dogmático y pastoral, hubiese sido otra cosa. Pero hace lo contrario; porque su postura es desconocer y asustarse de casi todo lo actual.

Es curioso que él mismo confiese, en su nueva obra, ser de izquierdas por temperamento; pero de derechas en teología. Y esto lo hace, incongruentemente, en una época en que el Concilio mismo ha afirmado que la Iglesia debe estar en perpetua reforma (Decreto de ecumenismo capítulo II, número 6).

N O lo que se manifiesta más intolerante e incompreensivo, el actual Maritain, es con la renovación religiosa que produjeron los trabajos del Padre Teilhard de Chardin, S. J. Se ve que los esquemas escolásticos le juegan a Maritain una mala pasada; su afán de clasificar, dividir y separar la inefable y vital existencia humana, le llevan a apartar de un brusco manotazo todo el alentador y progresivo pensamiento de Teilhard. Ese pensamiento que merece el más profundo respeto del marxismo actual, a la hora del diálogo con él, como lo demuestran: el Obispo católico Monseñor Spelbeck, de Alemania Oriental, afirmando en el Concilio que es Teilhard el único autor católico que impresionó a los ateos, en sus diócesis tras el telón de acero; o el pensador comunista francés R. Garaudy, que muestra hoy el máximo respeto para con él; y, ahora, es la U. R. S. S. aceptando la traducción de la obra básica —religioso científico— de este jesuita, paleontólogo y renovador pensador católico, que fue uno de los descubridores del *sinántropo*.

Viene a punto recordar aquí el juicio tan agudo, como todos los suyos, que le he oído hace años al profesor Maravall: que la pesada losa del aristotelismo (a través del tomismo que nos ha ahogado muchas veces) está a punto de ser superada —si no lo está ya— en el catolicismo.

El retraso sufrido hasta ahora —creo yo— que fue por haber olvidado que durante 13 siglos, para nada se inspiró el pensamiento cristiano en Aristóteles, pensador radicalmente materialista, pero de un materialismo mecanicista mucho menos fecundo que el dialéctico, que ahora por su antirreligiosidad vemos como tan peligroso, a pesar de serlo intelectualmente menos —en sí mismo— que el de Aristóteles, como afirma sinceramente el profesor católico Chauchard. Y, sin embargo (y esa es la amplitud de la Iglesia, cuando deja de lado su intolerancia), conviene recordar con Chauchard que «Santo Tomás tuvo la valentía de asimilar el realismo científico materialista de Aristóteles...; y de hacerlo base de una visión cristiana realista de lo real», aunque su punto de vista mecanicista —por demasiado corto— ya no nos sirva.

Habría que regresar al pensamiento flexible, dialéctico, vital y humano de San Agustín, y pienso romper lanzas algún día contra el pesado yugo intelectual que hemos vivido en estos últimos siglos, del cual ha sido fautor en buena parte ese pensamiento escolástico-tomista, rigidificado, y tan mal enseñado y utilizado por los intelectuales de tercera fila en la Iglesia, o por los que, como ahora Maritain, caen en la senilidad de un pensamiento que fue progresivo en otra época.

La verdad es que dan pena estos síntomas de decadencia y temor, que estamos viendo en algunos cristianos ejemplares que, como Maritain, fueron pioneros de la renovación que, por fin, ha empezado en la Iglesia, y de la que ahora se asustan.